

## HASTA QUE LA MUERTE NOS REUNA

Ayer murió Sergio mi mejor amigo de toda la vida con quien no hablaba desde hacía cincuenta años, hasta la semana pasada, cuando su hija me localizó para decirme que, a causa de una enfermedad terminal, él estaba en sus últimas y había pedido despedirse de mí. Yo, ni me lo pensé, le pedí la dirección y le prometí que cogería el primer tren AVE del día siguiente para Barcelona y presentarme en su casa.

La historia de Sergio y mía comenzó a nuestros doce años, cuando su familia se trasladó a mi barrio y él se incorporó a nuestro equipo de fútbol. Desde el primer momento nos compenetramos con el balón; pronto, con todo lo demás. Crecimos juntos, ayudándonos y contándonos siempre nuestras intimidades, hasta que en una fiesta de verbena juvenil se rompió drásticamente la complicidad:

Coincidió que una chica del grupo nos presentó a su prima, Ángela, a los dos a la vez. En el intercambio de besos en la mejilla de la presentación, con un cruce de miradas de preocupación, en lugar de alegre como correspondía, Sergio y yo nos comunicamos instintivamente que, por primera vez, habría algo que no íbamos a compartir.

La ridícula forma en que Sergio y yo nos movimos alrededor de Ángela durante la verbena nos delataba, y la manera de relacionarnos entre nosotros, aún más. Pasaron varios fines de semana, con Ángela incorporada al grupo, horrendos para mí, pues, aunque las caídas de ojos de Ángela me daban esperanzas, el distanciamiento con Sergio me dolía. Yo no sabía qué hacer. Un día me decidí y telefoneé impulsivamente a Ángela para invitarla a tomar algo, a solas.

Ángela y yo comenzamos a salir, a conocer nuestras vidas y proyectos, como forjando con cariño una relación estable. Todo iba fenomenal; pero, tras una intensa y discreta semana (creo que nadie de nuestro círculo íntimo supo de nuestra relación), Ángela me pidió tiempo para pensar y que no contactara con ella, que ya me diría algo.

Yo acaté la propuesta (no me quedaba otra), y pasé una temporada esperando noticias de Ángela, unos días larguísimos que, ojalá hubieran seguido igual, pues lo que vino fue mucho peor: un amigo me dijo: «...Sabes que Sergio sale con aquella chica nueva, la prima de Pili; Ángela, creo que se llama».

En aquel momento sentí, con certeza, haber perdido a Ángela y a Sergio para siempre. Así fue: me alejé del grupo, y ellos también; por supuesto no fui invitado, ni yo habría ido, a su boda. Sergio y yo no hicimos nada para reconciliarnos. Me costó recuperarme del doble disgusto, pero finalmente lo conseguí, sobre todo al conocer a mi esposa, con quien comparto tres hijos.

El disgusto de Ángela derivó en una llevadera decepción, y, una vez acepté repartir entre Sergio y yo la culpa de la destrucción de nuestra amistad, a partes iguales porque yo también salí con Ángela a escondidas, y antes que él, con el tiempo sólo me quedó un inmenso vacío en el corazón. Hasta la semana pasada.

Al llegar a casa de Ángela y Sergio, ella me abrió la puerta, me presentó a sus hijas y me cogió en silencio del antebrazo para dirigirme a una sala contigua donde, a solas, fue al grano y me explicó lo que quería contarme:

—Muchas gracias por venir, a Sergio le hará mucha ilusión verte. Tiene cáncer de pulmón y le quedan pocos días. Está con tratamiento paliativo. Y, ya que estás aquí, quisiera contarte cómo vivió él lo que pasó entre nosotros tres: ¿Recuerdas el primer día que me telefoneaste para salir a tomar algo y te dije que sí?, era un miércoles por la tarde y, a los diez minutos de hablar contigo, él me telefoneó para lo mismo. Boquiabierta, no me atreví a decirle que acababa de quedar contigo; sólo se me ocurrió darle largas. Al colgar, lo primero que pensé fue que realmente él y tú os leáis el pensamiento, que erais inseparables y que yo me estaba metiendo entre vosotros. ¡La cosa no empezaba bien!, pero tampoco era justo dejar de salir contigo por eso. Luego tú y yo salimos una semana viéndonos casi todos los días y nos entendimos muy bien; nos gustábamos, ya sabes, pero el espíritu de Sergio flotaba entre nosotros. Yo me fijaba en que evitabas siempre hablar de él y los sitios donde nos lo pudiéramos encontrar. Total, que yo iba con el freno emocional puesto, y con el freno físico también, que no te dejaba más que

darme besitos –aligeró la tensión con una pausa y sonriendo por primera vez desde que llegué-. La duda me reconcomía por dentro, y fue entonces cuando te pedí un tiempo para pensar. Pasados unos días me telefoneó Sergio, varias veces, y al final accedí a salir a tomar algo con él. Tú también flotabas en nuestra relación, él te obviaba igual que hacías tú con él, y yo le trataba a él igual que antes a ti, hasta que al final le dije lo mismo, que me diera un tiempo y no contactara conmigo. Si te digo la verdad, los dos me parecías muy majos, aunque tenáis personalidades diferentes; pero yo no estaba para tonterías y no me interesaban esos líos vuestros.

—O sea –interrumpí– que nos probaste a los dos chicos majos, con cuidado de no romper corazones, como cuando te pruebas dos vestidos en una tienda de ropa y no quieres arrugarlos ni romper la etiqueta porque no sabes con cuál te quedarás...

—Yo no emplearía ese ejemplo. Los dos reaccionasteis de forma diferente y...

—Deferente... en qué –volví a interrumpir.

—Diferente en que cuando le pedí tiempo a Sergio, me dio unos días; pero después no paró de telefonearme y rondar por mi casa; algunos días lo veía desde mi balcón, y al final... Te seré sincera: si os hubiera conocido a uno solo de los dos, igual me hubiera podido emparejar con cualquiera; pero por circunstancias acabé con Sergio, y no cambiaría por nada del mundo mi vida con él y las hijas que hemos tenido. Perdona, pero lo tuyo fue una anécdota de mi vida. ¡Lo importante de esta historia, y por lo que estás aquí, es lo que sucedió entre Sergio y tú! Creo haber escuchado salir a la doctora. ¿Pasas a verlo? Imagino que mejor a solas.

Descolocado por el impacto de la conversación y por la ilusión de ver a Sergio, entré en la habitación. Al ver a mi amigo, yacente en una cama reclinable, se me pasaron los nervios. Le cogí sus manos con las mías.

—Gracias por venir –dijo.

—Gracias por pedirme que viniera –respondí.

—¡Somos unos mentecatos de campeonato! –comentó Sergio con voz trémula.

—Tú más –añadí fingiendo una gran seriedad, para acabar los dos en una emocionada sonrisa.

Con eso ya tuvimos bastante para entendernos: seguíamos leyéndonos el pensamiento:

lo de mentecatos era un adjetivo o insulto que él y yo empleábamos en broma para todo; y lo de «tú más» era otra broma típica nuestra para decir que éramos igual de cabezotas pero no lo reconoceríamos jamás. A partir de ese momento, pasamos diez minutos juntos, yo hablando un poco y él intentándolo, básicamente mirándonos para decirnos que nos arrepentíamos de no haber retomado el contacto y que no habíamos dejado de querernos. Yo hubiera permanecido así indefinidamente, pero la doctora entró y sugirió que nos despidiéramos. Eso hicimos, fusionándonos en un delicado abrazo y sin dejar de mirarnos hasta que abandoné la habitación caminando de espaldas. De vuelta al mundo real, observé que entraban más familiares y aproveché para irme, despidiéndome de Ángela desde lejos con un gesto.

Desde que hablé con Ángela y con Sergio me siento un gran estúpido por no haber sabido resolver en su momento el problema con mi mejor amigo, a la vez que afortunado por haberme reencontrado con él y saber que Sergio seguirá en el resto de mi vida igual de presente que en los últimos cincuenta años, queriéndole igual pero admirándole todavía más.

Ayer murió Sergio y hoy he vuelto a Barcelona para el entierro. De vuelta a casa, en el tren, escribo estas líneas en su memoria.

Descanse en paz.